

LIBRO DÉCIMONONO

1

Parecia que la naturaleza se habia complacido en reunir en Soliman, hijo de Selim I, todos los dones que necesita un príncipe para elevar á su nacion por medio de la guerra, la legislacion y la política, á la cumbre de su destino. Hasta aquí hemos visto desigualmente repartidos estos dones entre los soberanos de la raza otomana, guerrero el uno, padre el otro, legislador este, conquistador aquel, restaurador de los ejércitos del imperio el último; pero no hemos visto aun reunidos en uno todas estas cir-

« circunstancias juntamente con la prodigalidad, el equilibrio y la armonía que constituyen al grande hombre. Este hombre grande iba al fin á aparecer en Soliman II.

Tenia Soliman veintidos años en el momento en que la muerte de su padre le llamaba al trono sin impaciencia, sin crimen y sin competidor. La majestad precoz del soberano se mezclaba en sus facciones con la gracia y la modestia de la juventud. Su semblante no convenía mas que á un sultan. A través del velo de su color moreno brillaba la energía de su padre, templada por la dulzura de su madre, hija de un kan de Crimea, mas bien circasiano que tártaro. Parecia á la vez mas jóven por los rasgos, mas pro-
« vecto por la espresion de su figura. « Era su frente
« espaciosa y elevada, como un fruto que ha hin-
« chado la savia, dice un poeta turco de su tiempo,
« su nariz aguileña, su boca grave, delgado y casi
« femenino por sus contornos el óvalo de sus me-
« jillas; aun no velaba su naciente barba ni la me-
« lancolía ni la firmeza de sus labios. Sus ojos ne-
« gros, cubiertos de párpados algun tanto graves y
« sombreados de largas cejas, tenian la mirada recta
« y profunda, pero sin intimidacion ni orgullo, se
« bajaban á menudo como los de un jóven acostum-
« brado al temor de un padre escrutador de sus sen-

« timientos, y al recogimiento de una reserva infan-
« til. La sombra del vasto turbante de muselina
« blanca y el peso de los pliegues de la tela que le
« daba vueltas, obligaban á Soliman á plegar el
« cuello y á encorbar un poco la cabeza bajo el
« peso de este tocado, contrastando la inmovilidad
« de esta actitud de anciano con la infancia del per-
« fil. Sin tener la estatura soldadesca de su padre,
« llevaba bien el caftan bordado de oro del caballero,
« y manejaba el sable, el arco y el caballo con la
« destreza de un jefe de tártaros.»

Tal era, segun la correspondencia de los embajadores y los retratos de los pintores venecianos, el aspecto exterior de Soliman II, en el primer período de su reinado. Entónces correspondia su alma con su fisonomía. La naturaleza habia impreso en ella sus gracias, la aspiracion á la virtud y á la gloria, la modestia, el atractivo de lo bueno y de lo bello, el valor moderado por la justicia, la noble ambicion y la magnanimidad de los instintos. Estas virtudes no necesitaban para desarrollarse con toda su fecundidad sino la libertad de darse á luz sin despertar los zelos de un padre suspicáz, y el poder supremo para hacerlas irradiar sobre todo un pueblo. El amor, única debilidad temible en este carácter, no era en Soliman un vicio, sino una virtud mas de su naturaleza. Mas

susceptible de excesiva ternura que de vergonzosas sensualidades, podía el amor embriagarle, pero envilecerle, jamás. No era el deleite lo que buscaba en su haren, sino la ternura; las caricias de una esclava le humillaban; el corazón de una amante era á sus ojos igual á la posesion de un imperio. La severa sujecion en que habia vivido bajo Selim I, ora léjos de Constantinopla en los gobiernos de Saroukhan y Magnesia, ora en el puesto confiado á su juventud durante la guerra de Persia, le habia proporcionado muy temprano una política natural conforme á lo delicado de su situacion. De esta manera se hallaba preparado para los manejos de las córtes sin haber todavía reinado. Había ensayado el trono sin ocuparlo. Precozmente y por necesidad habia aprendido estas dos virtudes de los soberanos, conocer los hombres, y saber elegirlos.

II

Habia enviado á Magnesia el gran visir Piri-bajá, inmediatamente despues del último suspiro de Selim I, al kiaya de los silihdares para informar á So-

liman de la muerte de su padre, y apresurar la vuelta del joven príncipe á Constantinopla, ántes de divulgar el interregno. Soliman no precipitó su vuelta á ejemplo de Bajazet II ó Mahomet II como príncipe impaciente, temeroso de que se le escapara el trono. Dió el tiempo conveniente á las lágrimas de un hijo que llora á un padre, severo sí pero á quien se echa de ménos. Adelantóse en seguida hácia Constantinopla con un cortejo digno del heredero del imperio. La muerte de Selim era aun un misterio en Europa y Asia. Piri-bajá, que la habia ocultado á las tropas con llamadas de médicos y consejos celebrados en la tienda, donde se hallaba el féretro, no la reveló á los genizaros sino en el momento en que Soliman entraba en el arrabal de Scutari, en frente del serrallo.

Al rumor de la muerte del sultan que les debia el trono, así como ellos mismos le debian la guerra, la gloria, la dominacion, los genizaros prorrumpieron en el campamento en alaridos de dolor, pisotearon sus gorras, abatieron las tiendas en señal de desolacion. Esta milicia temblaba de cólera por no poder ya encontrar un amo tan parecido á ellos, y tan dispuesto á someterles el pueblo.

Piri-bajá puso el sello del sultan en los furgones que contenian el tesoro. Encargó á Ferhad-bajá que

condujese lentamente el cortejo fúnebre de Selim, y disfrazándose él mismo de correo del ejército, llegó á Constantinopla para abrir las puertas del serrallo á Soliman II. El nuevo sultan se encerró allí con el gran visir hasta la llegada del féretro de su padre. El 1º de octubre de 1520 al medio dia, formados los genízaros en fila en los patios del serrallo, el mufti, los ulemas, los jueces del ejército, los bajás, begs, emires y grandes dignatarios de la capital besaron la mano al hijo de Selim. Este príncipe, vestido de negro y acompañado de Piri-bajá, salió á caballo por la puerta de Andrinópolis para ir á recibir fuera de la ciudad el cuerpo de su padre. Los bajás mismos condujeron el ataud, seguido del sultan, que se habia desmontado para acompañar á pié el convoy. El cuerpo fué depositado en la sexta colina de la ciudad, sitio destinado de antemano para la construccion de una mezquita, que eternizara la memoria del muerto. Antes de entrar en el serrallo, puso Soliman la primera piedra en el cimiento del monumento paterno.

III

Pero los genízaros, sin respetar el dolor del hijo, interrumpieron sus lágrimas, pidiendo insolentemente el donativo forzoso, precio degradante de su obediencia al nuevo régimen. Habian arrancado á su corruptor Selim I cincuenta ducados de sueldo. A Soliman II le exigieron ochenta. El uso que habia llegado á ser ley no le permitia al sultan regatear con los que daban y quitaban el imperio. Abrióse las cajas de Selim, y se tiró á la soldadesca la suma con el rubor, que hacia salir al rostro, su vil y sordida avaricia.

Comenzó Soliman su reinado con un acto de reconocimiento. Nombró visir á su preceptor Kasin, bajá de tres colas, anciano á quien miraba como su segundo padre. El mismo dia dió libertad á todos los esclavos egipcios que habia traído Selim de Cairo. Sacó de las cárceles á todos los mercaderes que se hallaban presos y amenazados de muerte por haber comerciado con la Persia. Los otomanos y los cristianos vieron en esta reparacion de las injusticias de Selim el presagio

de un reinado de justicia. Un solo hombre en todo el imperio trató de aprovecharse de la vacilacion de uno á otro reinado, rebelándose contra la autoridad del nuevo sultan. Este hombre era uno de esos Albaneses serviles y traidores á la vez para con los señores que los emplean. Ya habia hecho traicion una vez al kan de los tártaros en favor de los turcos; ahora vendia á los últimos en provecho propio. Era su nombre Djanberdi Ghazali. Nombrado por Selim gobernador de Siria, alzó bandera como rebelde en la ciudad de Damasco, declaróse independiente, atravesó el Líbano, sublevó á los árabes y drusos, se apoderó de Beiruto, y reuniendo veinte mil mercenarios á sueldo, osó marchar sobre Alepo.

Desdeñóse Soliman de medirse él mismo con tan despreciable rebelde. Envió á Alepo á Ferhad-bajá, su tercer visir, hombre de consejo y ejecucion, á propósito para vencer y pacificar á la vez. Con su rápida marcha á Siria, á la cabeza de ocho mil spahis, hizo Ferhad levantar el sitio de Alepo, siguió á Djanberdi hasta en frente de Damasco, dióle batalla bajo los mismos muros de esta capital, degolló ó dispersó á sus partidarios, y envió la cabeza del traidor á los piés del sultan. Quiso este, al recibir tal tributo del sable de Ferhad, enviar la cabeza de Djanberdi al dux de Venecia, Loredano, su aliado, para que par-

ticipase de la alegría de esta victoria. Pero el embajador de Venecia en Constantinopla le hizo entender, aunque con dificultad, que los soberanos de Occidente no cambiaban entre sí las cabezas de sus enemigos.

IV

Ayas-bajá I, el fiel servidor de Selim, fué nombrado gobernador de Siria. A Ferhad-bajá se le envió con su ejército victorioso á las fronteras de Persia, con encargo de observar los movimientos de Ismael-schah que se estaba disponiendo para vengar en el hijo los reveses que le habia hecho experimentar el padre.

Pero la brutalidad de los húngaros que acababan de matar en plena paz al embajador de Soliman, Behramtschausch, llamaba al jóven príncipe á otras provincias. Ahmed-bajá, beglerbeg de Europa, recibió orden de formar un núcleo de ejército en Ipsala, y de reunir allí treinta mil *azabs* de los Sandjaks ó feudos de Europa. Ferhad-bajá, á quien habia ilustrado la victoria de Damasco, se dirigió á Sofía, capital de la

Bulgaria, con sus veteranos de Siria, treinta mil camellos cargados de municiones, veinte mil carros cargados de trigo y cebada para mantener una reunion tan numerosa de hombres. Muy pronto el sultan mismo, ardiendo en deseos de adquirir legítimamente la gloria de las armas que tan necesaria era á su autoridad, despues del reinado militar de un soldado como Selim I, salió de Constantinopla con Piri-bajá, los generales mas aguerridos de su padre, cuarenta mil spahis y treinta mil genízaros. Jamás, despues de los dias de Amurat y Huniade, habian atravesado los valles de Bulgaria tales torrentes de hombres.

El mismo Soliman, acampado en una simple tienda de soldado en las márgenes del Danubio, frente á la Hungría, estuvo dando prisa por espacio de diez dias y otras tantas noches á la muchedumbre de paisanos búlgaros y mineros armenios que construian un puente en el Sava, cerca de Belgrado, para el paso del ejército. Durante estos preparativos de invasion, el gran visir Piri-bajá, adelantándose á su señor con un destacamento de genízaros, que habian pasado el rio en balsas, sorprendia á Semlin, ciudad húngara, tomaba castillos, ejercia sangrientas represalias en los prisioneros, y esparcía el terror y la fuga en las llanuras de Peterwardein. Concluido el puente

el 28 de julio, se lo llevó al siguiente dia el Sava en una crecida. Reparado apénas, y seguro Soliman de que podria interceptar en la ribera izquierda del Danubio los socorros que los húngaros habian de intentar enviar á Belgrado, asedió con todo su ejército á esta ciudad, teatro dos veces de los reveses de los otomanos. Y aunque se defendió heroicamente con un puñado de caballeros, consternada por su aislamiento en ambas márgenes del rio, vendida por búlgaros y servios, aliados no muy seguros de los húngaros, capituló al vigésimo asalto, al pié de las ruinas de su torre principal, llamada Torre sin miedo. Todas las plazas fuertes de la Syrmia, Carlovitz, Mitrovitz, Perkas, Uilok, se entregaron por terror á la caida de Belgrado. Soliman, generoso despues de la victoria, arrancó á los caballeros húngaros de la venganza de sus soldados; no permitió que se redujera á esclavitud á los prisioneros, despidió á los servios á sus montañas á que difundieran entre sus paisanos la magnanimidad del nuevo sultan. Se trasportó á Constantinopla á los soldados búlgaros, que hicieron colonias en los sombríos bosques, que cubrian las márgenes del Bósforo, descuajes y villórrios que llevan aun hoy dia el nombre de Belgrado. Antes de consagrar á Dios único la principal iglesia de Belgrado, convertida en mezquita, permitió á los búlga-

ros llevar consigo, lo que en el diario de sus campañas llamaba, sus ídolos, es decir, el cuerpo de una santa servia llamada Swata Patniza, (santa Veneranda), los vasos sagrados, las imágenes griegas, un brazo de santa Bárbara y un retrato milagroso de la virgen María.

La enfermedad y muerte de tres de sus hijos, aun en la cuna, le obligó á volver despues de este triunfo á Constantinopla, donde su gloria se entristeció con este luto. Los embajadores de las potencias occidentales le felicitaron por la conquista de Belgrado, baluarte ya inexpugnable de la Búlgaria contra húngaros y polacos. El embajador de Rusia, Juan Morosof, enviado por el czar de Moscú Vasili II, propuso al sultan una alianza ofensiva y defensiva entre las dos razas. Acogió Soliman con júbilo la amistad de los czares, pero reusó lealmente el firmar una alianza entre los ejércitos de los dos países, temiendo ser arrastrado á las hostilidades contra los tártaros de la Crimea, amigos de los otomanos, y contra los príncipes de la casa de Gherai, aliados con un indisoluble parentesco á la de Othman.

Un nuevo tratado de paz, navegacion y comercio con la república de Venecia, estipuló entre venecianos y otomanos todas las condiciones del derecho de gentes en uso hoy entre las mas civilizadas na-

ciones. Los súbditos de la república, y sucesivamente los súbditos, navegantes y comerciantes de las demás naciones, sin distincion de sectas, adquirieron formalmente derechos de proteccion sobre sus navíos, cargamentos, propiedades, libertad y religion. Soliman II, en su primer paso, sacaba á los otomanos del camino de la barbarie, para hacerles entrar en el derecho comun de la hospitalidad recíproca. La Europa asombrada bendijo el nombre del hijo de Selim I. Su administracion interior se revistió del mismo carácter de equidad, magnanimidad y dulzura que tomaba su política en el exterior. No temblaron mas por sus cabezas los visires, sino que recibieron la juiciosa recompensa de sus servicios y espontáneos consejos. Habiendo pedido su preceptor Kasim-bajá, cuarto visir, el descanso que necesitaba su ancianidad, Soliman le asignó una renta de cuatro mil ducados de oro, ascendió á su hijo al rango de begs y le hizo donacion del palacio y jardin que habia ocupado en Magneşia, miéntras le daba lecciones de política y gobierno.

V

Dueño de Belgrado, de esta última ciudadela avanzada de los búlgaros en su territorio de Europa, ya no le quedaba más que emancipar sus mares de Asia del terror que inspiraba á sus posesiones marítimas la isla de Roda, siempre armada y amenazadora. Una mirada de su política sobre el Occidente le garantizaba la inmovilidad, y quizá la indiferencia de la cristiandad. El papa Leon X, luchaba contra el monge aleman Lutero, que apartaba del centro católico romano girones de Alemania, Suiza, Italia y Francia. Luis II, rey de Hungría, tenia que habérselas contra la perenne anarquía de su aristocrácia húngara y polaca, Carlos V y Francisco I alternativamente vencedores y vencidos, se estaban preparando para hacer de Europa un campo de batalla. Inglaterra, siguiendo á su rey en el cisma, iba á desmembrar en un dia tres reinos del catolicismo; la cruzada de la monarquía universal formada por Alemania, los Países-Bajos, el Franco-Condado, Bélgica y España, las Indias Occidentales, recientemente descubiertas, preocupa-

ban al mundo cristiano mas que las cruzadas para el sepulcro de Cristo en Jerusalén. Los caballeros d Rodas, abandonados á sí mismos, como un puesto avanzado sobre los otomanos, podian ser atacados impunemente en Oriente, sin que por su causa se levantara un brazo en Occidente. Perfectamente informado por sus embajadores de las disposiciones de las córtes, comprendió Soliman que habia sonado para él la hora de vengar en Rodas la grande humillacion de Mahomet II.

Pero mas leal que Mahomet, escribió al gran maestro de la Orden, pidiéndole la cesion de la isla, necesaria para la seguridad de sus propios estados. Jurábale por el Coran, respetar la libertad y propiedades de la Orden, y permitir á los caballeros que transportasen sus tesoros, sus navíos é institucion religiosa á un sitio ménos injurioso al poder de los otomanos en Asia. Prohibian á la Orden de Jerusalén sus institutos y el honor negociar con los musulmanes la paz, con mucho mas motivo la vergüenza. A la vuelta de su embajador, Soliman, para quien Piri-bajá habia construido una marina, dió el mando de la flota y del ejército de expedicion á su tercer visir Mustafá-bajá. Esta flota de trescientas velas llevaba doce mil combatientes.

Miéntras que aparejaba para salir de los Dardane-

los y doblar los cabos que se adelantan dentro del Archipiélago, desde el cabo Sigeo hasta el Crio, (Cnido) donde aparece Rodas sobre las olas, Soliman mismo avanzaba todo lo ancho de Anatolia hasta la ribera del golfo de Marmoritza. Cuatro leguas de mar separan solamente al golfo de Marmoritza de la isla de Rodas. En este mismo golfo, llamado en otro tiempo golfo de Phycus, fué donde Alejandro alcanzó á los persas de Dario, y navegaron los ingleses en la primavera de 1801, para dirigirse á Egipto con un ejército de desembarco, y arrojar á los franceses del Nilo.

Inmediatamente despues de desembarcar la flota de Mustafá-bajá sus doce mil genizaros en una pequeña bahía abierta de la isla de Rodas, los trescientos navíos descargados de sus tropas, cañones y víveres, partieron á la vista de los caballeros para el golfo de Marmoritza, y transportaron en el mismo dia á las playas de la isla al sultan y sus cien mil combatientes. Esto era el 28 de julio de 1522, aniversario del dia en que habia dado Soliman el primer asalto á Belgrado en el año anterior. Cien cañones de sitio y los doce colosos de bronce que habian abierto la brecha en las torres de Constantinopla bajo Mahomet II, empezaron á lanzar contra las fortificaciones de Rodas balas de doce palmos de circunferencia.

Estas rocas de metal, cuyas señales se ven aun en los muros de Rodas, atestiguan con su masa la realidad de esta fabulosa artillería. La poblacion de la isla, investida por ciento doce mil combatientes, treinta mil marineros, trescientos navíos y la multitud de esclavos, que seguian tan numeroso ejército, se habia retirado toda entera á la ciudad. Cuarenta y cinco mil habitantes del campo con sus familias, ganados, provisiones y aperos de labor, al abrigo de las bóvedas de los puertos, iglesias y casamatas, esperaban su salvacion de la intrepidez de los caballeros y de la inexpugnabilidad de sus bastiones.

VI

Era gran maestre Villiers de l'Isle-Adam, uno de aquellos hombres que trasforman las cosas humanas, y por su carácter se elevan de tal modo sobre el nivel de la fortuna, que fuerzan á los reveses mismos á servir de relieve á su memoria. L'Isle-Adam era francés, como Aubusson; tan valiente y aun mas virtuoso que el salvador de Rodas, no manchaban en él las perfidias de la política ni el heroismo del sol-

dado, ni la fé del hombre religioso. La única candidatura con que se habia presentado para obtener el título de gran maestre, que acababan de conferirle, era la veneracion de sus hermanos. Ausente de Rodas durante la eleccion, el peligro de la Orden hizo callar á la envidia. Solo un caballero portugués, canciller de la Orden, Amaral, protestó, por una odiosa rivalidad de ambicion, contra la eleccion de los caballeros. La envidia y la decepcion le arrancaron unas de aquellas palabras que entreabren los abismos del corazon humano y son presagio de castigos trágicos. «Si Rodas ha de ser gobernada por L'Ile-Adam, exclamó delante de algunos confidentes de su ódio, lo mismo es para mí que sea esclava de los otomanos.» Se asegura, pero sin que haya pruebas de ello, que inmediatamente despues de la eleccion de su rival, dio Amaral libertad á uno de sus esclavos, encargándole llevase á Soliman una carta en que se le indicaba la hora y los medios seguros de atacar á la isla; y se añade que bajo pretesto de traer al canciller el rescate, le entregó el esclavo el precio de su traicion.

Sea como quiera, advertido del peligro de Rodas, se apresuró L'Ile-Adam á salir de Marsella con un puñado de caballeros franceses para ir á combatir ó morir en el puesto que le habian designado sus her-

manos. La fortuna señaló su travesía con funestos presagios: el fuego consumió entre Marsella y Sicilia la galera que le conducia; no pudo arribar á Mesina sino en una tabla. Habiéndose embarcado en el puerto de Mesina en otra galera, cayó un rayo durante la tempestad, y fundió la hoja de su sable en la vaina. Estos augurios contristaban sin conmoverta á esta alma intrépida que no aceptaba otro presagio divino mas que su deber.

Apénas desembarcó en la isla, empleó en fortificar la ciudad los talentos de un ingeniero italiano de Brescia, llamado Martin Engui. Era Martin Engui el Vauban del siglo; tenia de este el ingenio y la virtud. Por sus esfuerzos, llegó á ser Rodas en pocos meses la ciudad casi inexpugnable de la cristiandad en los mares de Oriente. Una tercera faja de murallas cubrió con una triple coraza los otros dos recintos coronados de macizas torres y precedidos de profundos fosos, verdaderos abismos abiertos á pico en la roca, ante los cuales habia naufragado Mahomet II. Los dos puertos se obstruyeron con moles que avanzaban una hácia otra en el mar, y que como cuatro promontorios sostenian castillos y baterías erizadas de cañones de un calibre casi igual á las balas de los turcos. Cadenas de hierro de enormes anillos, echadas de un promontorio á otro y aferradas á masas

de granito, prevenian hasta las sorpresas nocturnas de los brulotes que pudieran intentar el incendio de las galeras. Cinco bastiones principales correspondiendo á los ángulos del perímetro de Rodas, llegaron á ser otras tantas ciudadelas independientes una de otra, confiadas por l'Ile-Adam á los caballeros de las cinco provincias, responsables de su defensa y animados recíprocamente por la emulacion de su nacion. El mando de un ejército movible de socorro, que pudiese volar á las brechas mas amenazadas, se confió al héroe de mas nombradía en la Orden, al caballero de Grolée, nacido en las montañas del Delphinado, tierra de caballeros donde nació Bayardo. Seis mil caballeros ó soldados ejercitados en las armas, cuyo oficio era la guerra, y el martirio la muerte, compusieron este ejército de socorro, que por el reducido diámetro de la plaza podia dar cara á la vez á todos los puntos de la circunferencia.

Tales eran las defensas de Rodas cuando Soliman la envistió por mar y tierra. Las tempestades mismas no podian romper el círculo de hierro y fuego con que iba á ceñir la ciudad de los caballeros, porque además de las bahías de la isla, donde los navíos turcos anclaban en tiempo de calma, la vecina rada de Marmoritza en frente, y las rocas de Macri, que encubren una bahía inaccesible á las grandes olas, les

susministraban, en caso de tormenta, próximo y seguro abrigo para vigilar á la simple vista el estrecho canal entre Licia y Rodas.

VII

Apénas hizo anclar á su armada de 300 bajeles, y cubiertas las colinas de Rodas con una nube de tiendas, envió Soliman el último mensaje al gran maestro, ofreciéndole las condiciones de la paz ántes de abrasar la plaza. « Atiende y reflexiona, decia á l'Ile-Adam este mensaje; si no aceptas lo que propongo, juro por el Coran rebajar tu capital al nivel de la yerba que crece al pié de sus murallas. » Ni la religion, ni el heroismo, ni el honor permitian á l'Ile-Adam entregar la patria de su Orden á los otomanos. Ella debia ser su tumba. Abrióse el sitio con el fuego de 300 piezas de artillería, tronando noche y dia contra la plaza. Respondieron los caballeros con un fuego igual y á cubierto, alejando así por espacio de treinta dias del pié de los bastiones las escalas de los sitiadores. Durante el tronar recíproco de las baterías, que hacia hervir, segun dicen historiadores de

vista, al canal de Lycia, y deslizarse las rocas resbaladizas del Taurus; los diez mil mineros armenios abrian, sin saberlo los sitiados, inmensos subterráneos hasta bajo los cimientos de los bastiones. Al trigésimo día de sitio, miéntras el gran maestro y los caballeros asistian devotamente al santo sacrificio de la misa en la catedral de San Juan, una conmocion parecida á un temblor de tierra, sacudió las bóvedas del edificio, suspendiendo los cánticos sagrados en los labios de los sacerdotes con un grito de terror. Era el bastion de Inglaterra, cuyo flanco exterior se derrumbaba en la sima del fuego, abierta por los zapadores en sus cimientos. L'Ile-Adam que estaba arrodillado, se levanta con el intrépido arranque de un hombre á quien anima el peligro en lugar de abatirle « *Deus in adjutorium meum intende* » exclama, profiriendo un versículo de los salmos que le obligaba á recitar todos los dias la disciplina de su profesion, « ¡ayúdeme mi Dios! » y saliendo del templo espada en mano « corramos á la brecha, dice á los caballeros, esta hora exige de nosotros un sacrificio de sangre » vuela á los escombros del arruinado bastion, coge una pica, lucha con los restos cuerpo á cuerpo contra los azabs que escalan los escombros, derriba á diez por su misma mano en la mina que hay descubierta, da tiempo al caba-

llero de Golée para que llegue corriendo con sus seis mil veteranos, reunidos en las iglesias, y hace retirarse en tropel á los turcos hasta al pié de sus baterías.

VIII

Estas minas, estos asaltos, estos ataques y la diversa fortuna de un asedio obstinado continuaron renovándose á todas las horas del dia y de la noche hasta el veinticuatro de setiembre. Empezaba á temer Soliman el descabro de Mahomet II. Por lo mismo convocó á todos sus visires á un consejo de guerra en su tienda. Piri-bajá, cuyo talento era la audacia, le mostró con un gesto el estrecho sitio que ocupaba la ciudad en los flancos de la isla, y la inmensa superficie de tiendas, soldados y navíos que cubrian las colinas y las olas. Miéntras que torpemente igualemos, dijo á los generales que dirigian el sitio, las fuerzas de los sitiados á las nuestras, no atacando cada vez sino un punto de la circunferencia, dejaremos la superioridad á esos hombres que combaten en número igual, cubiertos por las empaliza-